

## CAPÍTULO X

### CONFLICTOS RELIGIOSOS Y POLÍTICOS

Dada la maravillosa elocuencia de Savonarola, el Papa mismo debía temblar, si con él se empeñaba en abierto combate. Así, juzgándole por su propio natural y creyéndole incapaz de resistir á poderosas tentaciones, mandóle ofrecer el capelo de cardenal. Semejante oferta á un hombre que despreciaba todas las riquezas de la tierra y que dirigia por la virtud y por la elocuencia los destinos de excelso pueblo; semejante mundana oferta al par que le hirió en sus mas delicados sentimientos, le reveló toda la corrupcion romana. Alejandro VI comprendió la imposibilidad de triunfar sobre un enemigo, á quien no podia corromper, y desde aquel punto decretó irrevocablemente su muerte.

El monje, entre tanto, continuaba encareciendo en sus sermones el esplendor de la virtud y presentando de la misma virtud que predicaba ejemplos prácticos en su inmaculada existencia. Contra el orgullo burlábase de aquellos que erigian capillas, no tanto al Dios de los cielos como á sus propios blasonados escudos, puestos en los arcos y en las puertas. A Roma le anunciaba un tremendo castigo y le decia que así como ella convirtiera los santuarios en lupanares de meretrices, sus enemigos, despues de rodearlos de un círculo de fuego, convertirian los lupanares de meretrices en cuadras de sus trotones de combate. A Italia le profetizaba tan espantosa peste que los cadáveres yacerian unos sobre otros, sin hallar sepultureros que los enterrasen. Y luego, para sostener la democracia florentina en el culto á la libertad republicana, describia los tiranos cual solamente ha sabido describirlos la Biblia en el libro

de Samuel, séres odiosos, enemigos de Dios y de los hombres, consagrados al odio de los demás y á la idolatría de sí propios, avaros, soberbios, concupiscentes, corrompidos en sus ojos por la vista de las cosas obscenas, en sus orejas por la audicion de palabras soeces, en su boca por la gula y por el perjurio, cohechadores de los magistrados, padrastrós de los huérfanos, ladrones de las viudas, circuidos de esbirros y de verdugos, y llamados al peor de los oficios, al triste y abominable de pervertir y esclavizar á los hombres y de enflaquecer y deshorrar con la sombra letal de su hereditaria autoridad á cien generaciones. Y mientras decia esto de palabra, fundaba con el ejemplo y con la accion una verdadera República; construia en la casa del gobierno un salon capaz de contener las numerosas asambleas democráticas; levantaba y abria el Monte de Piedad inaugurándolo el domingo de Ramos con procesiones de inocentes niños á cuyos labios benditos encargaba los loores y las oraciones al Criador.

Todas estas palabras y todas estas obras le atraian innumerables amigos y le concitaban enemigos innumerables tambien. Mientras aquellos le tenian por santo, por revelador, por profeta, y le adoraban, elevándole altares en sus corazones, y le veian volar en alma y cuerpo á la bienandanza, y comparaban su doctrina con las esferas celestes; sus enemigos le llamaban heterodoxo en sus ideas, hipócrita en sus acciones, vicioso en sus costumbres, demagogo en sus tendencias, tirano en su gobierno. Baste decir, para pintar tanta injusticia, que muchos *arrabiati* de aquellos mas exaltados le acusaban públicamente de amigo y cómplice de los Médicis. Y mientras tal decian, Alejandro VI congregaba un sínodo de teólogos dominicanos; y en este sínodo, encargado de buscar proposiciones heréticas en las obras habladas y escritas del Santo, no habiéndolas encontrado, se le acusó por la destitucion de los Médicis; prueba evidentísima de que en todas aquellas alharacas religiosas y teológicas solamente se encerraban y contenian grandes pasiones políticas. ¡Ah! cada vez que Savonarola hablaba de la corrupcion aneja naturalmente á toda tiranía, los tiranos como Alejandro VI, como Luis el Moro, se daban por personalmente ofendidos, y expedian contra él asesinos á Florencia. Mas no quedaba medio de combatir á un hombre que fundaba aquella libre República y no ejercia ningun poder material y no grababa ni siquiera su glorioso

apellido en ninguna de sus instituciones. Y así podía decir con razon, predicando en una de aquellas fiestas cívicas consagradas á celebrar la fundacion de la República democrática, que ningun humano poder alcanzaria en ningun tiempo á rendirlo y ninguna tentacion á vencerlo. Y exclamaba elocuentemente:—«Me dicen: El fraile quiere dinero, inteligencias con los enemigos de la República, tiranizar la ciudad, calarse el capelo. En verdad os digo que, si fuese tal, no arrastraria este hábito rasgado. Solo en tí, Dios mio, pongo mi gloria; no deseo ni mitras, ni capelos, solo deseo lo que has dado á tus santos: la muerte. Un sombrero rojo, de color de sangre, el martirio, hé ahí lo que deseo.» Quien decia estas palabras con tanta entereza hallábase decidido á cumplirlas. Aceptado ya en su pensamiento el martirio, y puesto como un dolor necesario en lo porvenir, no habia, no, poder bastante á contenerle ni amenaza suficiente á desarmarle. Así tornábase contra los vicios de la Iglesia y deciales en arrebatadas y encendidas palabras: «Tú, prelado que compras pingüe beneficio, eres un ladron; tú, padre que lo compras para tus hijos, eres un ladron. No vendais, no compreis las cosas espirituales que deben recibirse y darse por amor á Dios.»

El doble ministerio, que Savonarola escogiera, dañábale, así para la unidad de la accion como para la unidad de la vida. Reformador de la Iglesia, debió encerrarse en su ministerio puramente religioso; reformador de la República, debió encerrarse en su ministerio puramente político. Abrigó á un tiempo los dos propósitos, llevó al par las dos obras; y ambas se frustraron. Pero este malogro de su accion sirvió para realzar su idea. Como conjunto de principios, como serie de doctrinas, como enlace y trabazon de ideas, el sistema predicado por Savonarola no reconoce igual en ninguno de los sistemas predicados y sostenidos por los otros reformadores religiosos. Católico hasta la exaltacion, cristiano hasta el éxtasis, liberal hasta la democracia, republicano hasta el fanatismo, profesaba el Evangelio como doctrina de su inteligencia, como ley de su vida, como norma de su tiempo, como constitucion de su sociedad. En este sentido alcanza su doctrina una perfeccion absoluta y sirve como de modelo á cuantos deseen ó intenten reconciliar la Iglesia con la libertad, el espíritu de la civilizacion moderna con el espíritu de la doctrina católica.

Esta doble ocupacion de Savonarola, á pesar de su pureza dogmática, tenia el doble inconveniente práctico de romper la unidad de su vida y de impedir la consecucion de uno cualquiera de sus dos fines concretos. Demasiado grande la obra política, trababa la obra religiosa; demasiado grande la obra religiosa, trababa á su vez la obra política. Por el año 1496, el comercio y la industria se paralizan; las demandas de Cárlos VIII, siempre en busca de dinero, se aumentan; la guerra de Pisa cancera al erario florentino; el crédito público cae tan bajo que, por un título de cien florines, solo se dan diez; la miseria se extiende con tal intensidad que los campesinos, tratados por la costumbre y por la ley como extranjeros, dejan los campos y corren á refugiarse en las ciudades; la peste aumenta los horrores del hambre; el ejército perece en los sitios de las fortalezas vendidas ó abandonadas por los Médicis; el gran Capponi muere al frente de sus soldados dejando huérfana de su patriotismo á la República y de su popularidad á la guerra; Luis el Moro, no contento con haber traído á los franceses, trae ahora á los alemanes y los azuza contra los florentinos, poniendo á su cabeza el Emperador Maximiliano; Venecia codicia las ciudades que se escapan al poder de Florencia; la disciplina se quebranta en el ejército, la esperanza se pierde en la capital; y en medio de tantos desastres, la obra de Savonarola abandonada del dios que mas adoradores tiene en la tierra, abandonada del éxito, amenaza con venirse al suelo por su propio peso, levantando con sus ruinas escandaloso estrépito. Dios solo podía salvar á Florencia; y á Dios se dirigió Savonarola, pidiéndole misericordia. Y en efecto, Dios le oyó, porque Maximiliano dejó á Toscana arrepentido de sus locas empresas; Marsella envió á tiempo recursos y auxilios á la República florentina; y el viento se ensañó en las naves venecianas hasta separarlas, con lo cual se salvaron la paz y la libertad de la República.

Todas estas victorias favorecieron en alto grado al partido democrático que dirigia y encabezaba Savonarola. Así exaltó el pueblo como gonfaloniero á Valori y la conciencia pública como predicador á Fra Dominico de Pescia. Discípulos los dos de Savonarola, en política el uno y en religion el otro, desdecian mucho del mérito de su maestro y exageraban sus saludables ideas. Valori cometió el error de rebajar la edad para ingresar en el gran

consejo, con lo cual llevó allí una juventud de aristócratas bien opuesta al gobierno republicano; y Pescia cometió el error de presentar como profecías las menores palabras de Savonarola.

Mientras tanto, este no se daba punto de reposo en la obra de reformar las costumbres; y se circuía de los niños para depositar en sus tiernas almas los gérmenes de las doctrinas republicanas y evangélicas. El asunto, que mas le embargaba el ánimo, era la oposicion á las fiestas del carnaval ocasionadas, por su carácter, al fomento de los vicios. Así es que ideó una procesion celebrada el 7 de febrero de 1497 para dar de mano á las antiguas fiestas paganas y sustituirlas con verdaderas fiestas religiosas, en las cuales se oia misa desde el amanecer y se recibia la sacra comunión; se llevaba en andas un precioso niño Jesus tallado por el cincel exquisito de Donatello, y que con una mano dirigia bendiciones al pueblo y con la otra señalaba la corona de espinas; y luego, en torno de todos estos sagrados objetos y asistiendo á todas estas prácticas, se veia una muchedumbre numerosísima, vestida de túnicas blancas bordadas con cruces rojas y llevando en sus manos ramas de olivo y en sus labios religiosos himnos y al frente cuestores, que en grandes bandejas de oro y plata, cinceladas por los primeros artífices, pedian limosna para los pobres y conjuraban á todos los ciudadanos á que fuesen á la plaza de la Señoría para ver una alta pirámide, sobre cuya cúspide se levantaba la imágen grotesca del carnaval y en cuyas bases montones de objetos paganos llamados vanidades, como máscaras, caretas, disfraces, flautas, dibujos obscenos, libros inmorales que iban á ser quemados en voraz hoguera para discontentar al infierno y complacer y desagraviar á los cielos.

La quema de estos objetos, despues de todo baladíes, ha dado ocasion á que tacharan al Santo de enemigo de las artes y le arguyeran poco menos que de iconoclasta y destructor de cuadros y de estatuas. Debemos condenar la accion del fuego, por mala en sí, y por ineficaz para el bien, sin extrañarla en tales tiempos, aun despues de maldecirla. Orador tan elocuente, artífice tan sublime de la palabra, poeta tan excelso, que sabia encerrar en imágenes bellísimas pensamientos de profundidad insondable; corazon estético que se embecia en la contemplacion y en el culto de las obras artísticas y que amigo de Fra Bartolomeo, compañero de Boticelli, númen de Credi, adorador

de las obras de Fra Angelico de Fiesole dejadas en las paredes de San Marcos como íris de ideas místicas; sentia indudablemente cómo por ningun camino se llega con tanta rapidez á la vision de Dios cual por el camino de las inspiraciones poéticas; y bajo ningun atributo Dios se aparece tan realmente á nuestros ojos de carne como bajo el atributo de su perfectísima hermosura. En esta especie de sacrificio no desapareció ninguna de las obras artísticas, que honraban á su tiempo y envanecian á Florencia. Solo desaparecieron aquellos instrumentos maléficis que ó bien recordaban las malas artes de la tiranía ó bien servian al fomento del placer y del vicio, eternos fautores de toda servidumbre.

A medida que tomaba estas disposiciones políticas, ejercia la predicacion, y la predicacion mas ardiente, contra los vicios de la Iglesia. Se necesita subir á los primeros profetas del mundo bíblico para leer cosa alguna, que se parezca á la invectiva del monje dominicano en virilidad y en grandeza. Presentaba la tierra rebotando en sangre; las almas heridas por los vicios como las aves por las flechas del cazador, pues los sacerdotes, encargados de avivarlas, no hacian mas que destruirlas, alejados de Dios y de su culto, pasando las noches en el lecho de las cortesanas y los dias en las murmuraciones de los claustros y de los coros. «El altar se ha convertido en el mostrador de los clérigos; antes tenian vergüenza, ahora ni siquiera saben avergonzarse. Antes daban á sus hijos el nombre de sobrinos, y ahora les llaman como suena, hijos, y escandalizan á todo el mundo con su criminal paternidad.» Esta alusion sangrienta al Papa Alejandro VI y á su familia debia resonar en las bóvedas del Vaticano con terrible resonancia, y atraer sobre la frente del audaz predicador los rayos de la cólera pontificia.

Entre tanto, el estado político de Florencia se agravaba con terrible gravedad. Tres partidos se formaban y constituian sólidamente en su seno: el partido reaccionario y aristocrático llamado de los *arrabiati*, el partido medio y restaurador de los Médicis, llamado de los *vigis*, y el partido democrático llamado de los *piangonis*. El partido de los restauradores, formado con los desprendimientos de los otros dos partidos irreconciliables, verdadero término medio entre ellos, inclinaba unas veces la balanza del lado de los aristócratas y otras veces del lado de los demócratas, segun convenia, en aquella crisis, á